

Vivir por la fe es participar en esta vida trinitaria: es creer —comprometiendo en ello todo el ser— en la comunicabilidad interna de esta vida de las tres Personas divinas.

En el capítulo quinto se trata el sugestivo tema: "vida moral y belleza". Los frutos de la pedagogía divina, que nos ha expuesto San Pablo, no pueden menos que ser suntuosos. En la tarde de su vida, San Pablo, que ha dejado asentado los grandes pilares de la moral cristiana, se vuelve hacia ella para contemplarla en todo el esplendor de su radiante belleza: "los que por la fe se han adherido a Dios deben empeñarse en sobresalir en la práctica de las bellas obras. He aquí lo que es hermoso para los hombres" (Tít. 3, 8). Los temas de la belleza moral se repiten frecuentemente a lo largo de las Epístolas.

Finalmente, el P. Spicq termina su obrita con un capítulo dedicado a la dimensión esencialmente escatológica de la moral paulina. El cristiano es, en términos del propio Apóstol, un "hombre tendido hacia adelante". La resurrección juega un papel importante y esencial en la motivación de la conducta moral del cristiano. Aquí el P. Spicq roza el tema de la "moral interesada", aunque parece esquivar una solución verdaderamente frontal. O sea ¿es admisible una moral puramente extravertida, incluyendo e imponiendo un absoluto "suicidio" de intenciones conservadoras?

Para que la obra hubiera sido completa habríamos deseado una mejor y más organizada estructuración de la bellísima y honda doctrina, que anda un poco dispersa a través de una exposición un tanto prolija y recargada de citas.

JOSÉ M.ª GONZÁLEZ RUIZ.

JEAN DANIELOU: **Théologie du Judéo-Christianisme.**—Desclée & Co., Tournai, 1958.

Después del Nuevo Testamento y previa a la estructuración lógica del mensaje cristiano hecha por los apologetas a base de la filosofía helénica, concretamente, desde los orígenes del Cristianismo hasta mediados del siglo III, existe ya una verdadera elaboración teológica basada en categorías heredadas del Judaísmo: esto es lo que llama nuestro autor *Teología del Judeo-Cristianismo*. Las 432 páginas de su libro intentan determinar *las fuentes* de esa teología (pp. 17-98), precisar su *medio intelectual*, a saber: sus principios de interpretación bíblica y su metodología (pp. 101-164); clasificar sus *doctrinas* (pp. 167-366), y describir sus *instituciones* (pp. 369-432). Cierran el libro una pequeña conclusión y unos índices.

Las fuentes son de dos clases, unas directas y otras indirectas. Las primeras son contemporáneas de la teología judeo-cristiana y están integradas en su mayoría por los llamados *libros apócrifos* del Viejo y del Nuevo Testamento. Las fuentes indirectas son de tres clases. Los Padres del siglo II y III, sobre los cuales pesa todavía la herencia judeo-cristiana: Teófilo de Antioquía, Justino, Ireneo, Clemente de Alejandría... Libros apócrifos tardíos del Nuevo Testamento y, finalmente, la literatura de movimientos heterodoxos judeo-cristianos. Estos movimientos conservan elementos arcaicos de la gran Iglesia, de la cual se separaron un día. El autor señala cuatro movimientos principales: los *Ebionitas*, muy próximos al esenismo judío; los *Cerintianos*, que siguen la línea de los Celotas; la *Gnosis samaritano-cristiana*, que ha

crecido en un clima cismático judío, los *Samaritanos*, y, por fin, el *Gnosticismo egipcio*, nacido probablemente de un gnosticismo judeo-cristiano sirio. A este respecto son importantes los nuevos documentos gnósticos hallados en Nag Hammadi recientemente.

El judaísmo contemporáneo de Cristo ha conocido varios tipos de exégesis. Hasta los descubrimientos de Qumran se conocían los *targumim*, especie de traducción-interpretación del texto sagrado, y los *midrashim*, que se esforzaban por actualizar el mensaje sagrado: éstos pueden referirse o a las partes legales de la Biblia, y dan lugar a la interpretación *halakah*, o a las partes narrativas de la misma, y entonces tenemos la exégesis *hagadah*. Los recientes descubrimientos de Qumran han dado a conocer un método muy usado en la comunidad esenia, el de los *pescharim*: son una especie de adaptación del mensaje bíblico a los días concretos que vive la comunidad: tenemos, entre otros, los pescharim de Habacuc, de Nahum, de Oseas, de Miqueas. Otro procedimiento exegético, muy usado por la teología judeo-cristiana, es el que pudiéramos llamar "antológico": consiste en agrupar y refundir varios textos bíblicos, modificándolos incluso a veces, con el fin de formular una nueva verdad. Los famosos "Testimonia", o colecciones de textos bíblicos referentes a un mismo tema, debieron favorecer mucho este procedimiento hermenéutico. En la gruta cuarta de Qumran se ha encontrado un ejemplar de estos "Testimonia": se trata de una colección de varios textos mesiánicos. De alguna de estas colecciones han tomado también su cita los autores de II Petr. 2, 6; Ef. 2, 20; Mt. 21, 42; Lc. 20, 17-18; Act. 4, 11, y Rom. 9, 32, donde se encuentran fundidos y fusionados Is. 28, 16; Sal. 117, 22, e Is. 8, 14.

Estos métodos hermenéuticos presentan un gran interés no solamente desde el punto de vista técnico, sino también desde el ángulo teológico, pues suponen una reelaboración y adaptación del Viejo Testamento según los presupuestos teológicos del Judeo-Cristianismo. Viene, finalmente, la llamada *exégesis apocalíptica*. Se refiere aquí el autor a la especulación de carácter exotérico que sobre los primeros capítulos del Génesis propusieron, primero los judíos y después los cristianos: en el Cristianismo estas especulaciones son una especie de interpretación alegórica de la narración genesiaca: el examen se explota en función del dogma trinitario, de la angeología y sacramento del bautismo; la creación de Adam y Eva en función de Cristo y la Iglesia; en la narración del paraíso se busca un valor eclesiológico.

Estudiados los procedimientos hermenéuticos, el autor pasa a describir el escenario cosmológico en el que se desarrolla el drama teológico del Judeo-Cristianismo: interesa mucho conocer la concepción cosmológica del Judeo-Cristianismo, pues éste formula sus dogmas principales en términos cosmológicos: por ejemplo, la Encarnación, la Redención, etc. Una vez descritas las dimensiones del cosmos, con sus cielos e infiernos, pasa el autor a enumerar sus habitantes: los ángeles buenos y malos. La angeología, herencia recibida del Judaísmo, es uno de los temas característicos de la teología judeo-cristiana. Son varias las versiones de la caída de los ángeles. La primera se funda en Gen. 6, 1 ss. (I Henoc); la segunda dice que el mundo fué puesto por Dios bajo la tutela de los ángeles: éstos no cumplieron su misión y fueron castigados (Papías); la apocalipsis judía atribuye la caída de los ángeles al orgullo envidioso de Satanás, que no quiso adorar a Adam (Vida de Adam). Una cuarta versión, de origen esenio, supone creados por Dios directamente ambos espíritus, el del bien y el del mal. El autor termina la segunda parte del

libro con un capítulo sobre *los libros celestes*. En su viaje a través del cosmos le son mostrados al autor de los apocalipsis, además de los distintos cielos e infiernos, con sus respectivos habitantes, los libros celestes en los que están escritos los designios y secretos divinos respecto de la naturaleza y de la historia. Esta creencia en las *tablas celestes*, *libro del destino*, *libro de la vida*, *libro de las obras*, que Israel tomó, probablemente de Mesopotamia, tuvo mucho éxito en la apocalipsis judía, y de ésta lo recibió a su vez el Cristianismo.

Con todo, dentro de los autores cristianos, la teología subyacente en toda esta imaginaria es completamente nueva: Bietenhard resume esta novedad poco más o menos así: En adelante, Jesús mismo es la revelación; ya no son necesarias la visión, el éxtasis o los sueños; tampoco se necesita subir a los cielos para ser iniciados en los libros del destino: la revelación baja del cielo a la tierra en la persona de Jesús: son sus palabras, sus acciones, sus sufrimientos, su persona lo que constituye la revelación auténtica de Dios: Dios Padre se revela en su Hijo Jesucristo. Cf. Apoc. 5, 1-3.

En la tercera parte del libro intenta Daniélou reducir a sus temas básicos y estructurar de alguna manera la teología judeo-cristiana: trata sucesivamente de la *Trinidad y Angeología*, de los *Títulos del Hijo de Dios*, de la *Encarnación*, de la *Redención*, del *Misterio de la Cruz*, de la *Iglesia* y, finalmente, del *Milenarismo*.

Es característico de la teología judeo-cristiana el empleo de fórmulas tomadas de la angeología para designar al *Verbo* y al *Espíritu Santo*. Al Verbo se le llama "ángel glorioso", "Miguel", "Gabriel", "el ángel Israel". Paralelamente, al Espíritu Santo se le aplican los nombres de "Gabriel", "Príncipe de la luz", "Guardián del templo". Y a las dos personas divinas se las asimila simultáneamente con dos ángeles anónimos, superiores y trascendentes a todos los demás. Otros *títulos del Hijo de Dios*, que Daniélou estudia en capítulo aparte, son "el Nombre", "la Ley", "la Alianza", "el Principio", "el Día". Sea dicho de paso que, a pesar de esta terminología, la teología judeo-cristiana es consciente de la divinidad del Verbo y del Espíritu Santo.

La concepción cosmológica del mundo espiritual, peculiar y característica de la teología judeo-cristiana, con su variedad de cielos, poblados por las correspondientes variedades angélicas, determina también su concepción especial de la *Encarnación*. Esta es concebida como una bajada sucesiva a través de los siete cielos hasta llegar a la tierra. La ascensión constituirá el mismo movimiento en sentido contrario. La teología judeo-cristiana acentúa la clandestinidad con que se ha llevado a cabo el misterio: "Haciéndose ángel con los ángeles, trono con los tronos, virtud con las virtudes, hombre con los hombres", el Salvador ha ocultado a todos ellos su divinidad. Insiste también la teología judeo-cristiana en el carácter sobrenatural del misterio de la *Encarnación*: con este fin explota, sobre todo, los episodios de la natiuidad, adoración de los magos y bautismo.

Bajo el título *Teología de la Redención* trata el autor la bajada del Señor a los infiernos para anunciar la salud a las almas allí detenidas y su ascensión a los cielos.

Leyendo este capítulo dedicado a la Redención y el anterior de la Encarnación se tiene la impresión o de que la teología judeo-cristiana es pobre en estos puntos teológicos o de que nuestro autor ha omitido aspectos importantes de la misma: apenas si toca la motivación y la dimensión teológica del misterio de la Encarnación, y del misterio soteriológico se tocan sólo aspectos superficiales.

La teología judeo-cristiana es una "theologia gloriae". Este aspecto de triunfo resalta también en la *Cruz de Cristo*: la cruz se convierte en el momento de la resurrección en fuente de luz y vida y acompaña a Cristo glorioso en su ascensión a los cielos. Y la cruz será la señal gloriosa y triunfante que anunciará al Cristo escatológico. La teología judeo-cristiana ha superado la dimensión material de la cruz y la ha convertido en una categoría teológica. En su dimensión teológica, la cruz ha sido prefigurada para la teología judeo-cristiana por diversas representaciones del Antiguo Testamento: serpiente de bronce, Moisés orante con los brazos extendidos, los postes y dinteles de las casas judías rociadas con sangre, cordero pascual asado sobre parrillas en forma de cruz... La teología judeo-cristiana ha visto en la naturaleza misma y en las cosas de la vida diaria multitud de símbolos y prefiguraciones de la cruz en su aspecto teológico.

La *ecclesiología* es uno de los temas preferidos por la teología judeo-cristiana. La Iglesia era para ellos algo así como es la Virgen para la teología contemporánea. La teología judeo-cristiana insiste en la preexistencia de la Iglesia en el pensamiento divino: este es el aspecto que quiere acentuar la comparación de la Iglesia con *la matrona entrada en años* (pp. 318-326). En sus especulaciones sobre la Iglesia, la teología judeo-cristiana se sirve profusamente de una exégesis anagógica de los primeros capítulos del Génesis: en ellos se debe buscar la inspiración del pensamiento judeo-cristiano sobre *la Iglesia esposa de Cristo* (pp. 326-337). El tema *Iglesia-Sabiduría* ocupa menos espacio en la teología judeo-cristiana.

Danielou dedica el último capítulo de esta parte del libro al tema espinoso del *milenarismo*. En su sentido auténtico, el milenarismo viene a coincidir con la creencia escatológica, a saber: que Cristo volverá a esta tierra al fin de los tiempos para establecer su reino, una vez consumadas las cosas. En este sentido, por tanto, también el Nuevo Testamento es milenarista. Influenciados por los apocalipsis judíos, los autores judeo-cristianos añaden al milenarismo otros elementos discutibles: se basan para ello, generalmente, en una exégesis crasa y material de las profecías. En esta evolución posterior del milenarismo se distinguen dos corrientes, una asiática y otra siria. La primera colorea el reino final de Cristo con tintes paradisiacos: reconciliación de los animales, fecundidad extraordinaria de la tierra, longevidad milenaria de los hombres. La corriente siria, que es también la de Egipto, basa su concepción sobre el reino final de Cristo en los cálculos de los astrólogos sobre la semana cósmica constituida por siete milenios. El séptimo milenio, correspondiente al séptimo día de la creación, en el que Dios reposa, equivaldría al reino mesiánico final, considerado como el "reposo de los santos". Como se ve, también aquí la teología judeo-cristiana especula sobre los primeros capítulos del Génesis, siempre fecundos para la teología que estudiamos.

La última parte del libro de Danielou está dedicada a las instituciones del Judeo-Cristianismo: los sacramentos del *bautismo* y *eucaristía*, *vida diaria de la comunidad cristiana* y su *espiritualidad*.

Con frecuencia se ha presentado el Cristianismo primitivo como un movimiento carismático, místico y escatológico, sin estructura y forma orgánica. A medida que se ha ido conociendo mejor se ha ido viendo que esta idea no responde a la realidad. Lo muestra claramente nuestro autor al estudiar en estas últimas páginas de su libro la teología sacramentaria y presentar los cuadros de la vida de la comunidad:

la estructura litúrgica de cada día, de la semana y del año; su organización jerárquica y sus métodos de espiritualidad.

En esta última parte, Daniélou se sirve bastante de sus publicaciones anteriores sobre las relaciones entre la primitiva comunidad cristiana y el judaísmo tardío, especialmente la rama esenia. Nuestro autor acentúa con toda justicia la dependencia que el Cristianismo primitivo presenta en el terreno de las instituciones respecto de la comunidad de Qumrán: prácticas bautismales, banquete sagrado, organización jerárquica de la comunidad, los dos espíritus, las dos vías..

La obra de Daniélou se alinea en la corriente actual de la exégesis neotestamentaria que pretende revalorizar el fondo judío del Cristianismo primitivo. Esta corriente actual, que quiere enraizar la naciente comunidad cristiana con sus instituciones y su literatura en la Antiguo Testamento y en el Judaísmo tardío, es decir, en un sustrato semita, sucede a la corriente helenófila, la cual tuvo su máximo representante en la obra de Adolfo Deissmann (Nota: *Licht vom Osten*, publicada en 1908, reimpressa varias veces y traducida a otras lenguas) y que buscaba en el mundo helénico el subsuelo del movimiento cristiano. En este sentido, la obra de Daniélou constituye una importante aportación.

Es imposible detenerse a enjuiciar la gran multiplicidad de temas y problemas que nuestro autor toca en su libro. De un modo general podemos decir que la obra de Daniélou es una obra madura, fruto de su largo magisterio en el Instituto Católico de París como sucesor del P. Lebreton en la cátedra de *Historia de los Orígenes del Cristianismo* y de otras varias publicaciones parciales previas.

A. G. LAMADRID.

HERMANN LAIS: **Problemas actuales de Apologética.**—Barcelona, Ed. Herder, 1958.

He aquí un libro moderno de Apologética; un libro que, como indica su título, trata efectivamente de los "problemas actuales de Apologética". La verdad es que sólo así, siendo actual, es verdadera Apologética, capaz de defender a la Religión de las objeciones suscitadas contra ella.

El autor no pretende en las páginas de este libro solucionar todos los problemas que hoy tiene planteados la Apologética, procedentes de los más diversos campos del saber: de la filosofía, de las ciencias, de la historia, de la exégesis.. Trata sólo de exponer los principales en su justo planteamiento, lo cual es ya una valiosa labor apologética, porque las objeciones y dificultades contra la Religión provienen frecuentemente de un desenfoco de los problemas y por interferencias en los campos propios de cada disciplina. El avance de los estudios históricos, científicos o filosóficos ha dejado sin sentido muchas objeciones propuestas por los sabios de otros tiempos, y el progreso de la Teología, de la exégesis o de la historia eclesiástica ha contribuido también a este mismo fin, aclarando el contenido de la revelación y liberando a los católicos de algunas posiciones que anteriormente se defendían con tesón.

Reducir a los justos límites las exigencias de la razón y de la fe es, en la mayoría de los casos, el mejor modo de solucionar las antinomias que se presentan entre ambas y es, por tanto, el camino directo de una Apologética válida. Así-